



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

3^{er} Domingo de Pascua • 23 de abril de 2023 • www.hoac.es



Me dispongo a la oración con estos textos

“ La comunicación mística con Cristo en el «otro» se fundamenta en la humildad, y sus manifestaciones han de ser abundantes entre los que practiquen la virtud de escuchar. Según la palabra del Señor: Donde dos o tres... me parece que este nuevo (y tan antiguo) caminito de Emaús ha de rebosar mucha vida sobrenatural..

–Guillermo Roviroa, O.C. TI, 226

“ El Evangelio nos revela que, precisamente en las situaciones de desengaño y de dolor, justamente cuando experimentamos atónitos la violencia del mal y la vergüenza de la culpa, cuando el río de nuestra vida se seca a causa del pecado y del fracaso, cuando desnudos de todo nos parece que ya no nos queda nada, precisamente allí es cuando el Señor sale a nuestro encuentro y camina con nosotros. En el camino de Emaús, Él se acerca con discreción para acompañar y compartir con esos discípulos entristecidos sus pasos resignados.

–Francisco, Homilía 28 de julio de 2022

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

El viaje de los discípulos de Emaús es una imagen de nuestro camino personal y del camino de la Iglesia. La Pascua es un camino desde el fracaso a la esperanza. Para recorrerlo, recoge los fracasos que experimentas, los que viven tus compañeras y compañeros de trabajo, tus vecinas y vecinos, los que se viven en tu familia, en la Iglesia... ¿qué esperanzas buscan y esperan?

Coloquio para un viaje

*Dios Padre bueno, que has tejido nuestros caminos
para propiciar los encuentros
y acortar las distancias que nos separan.
Tú que, a través de tu hijo Jesucristo
has querido encarnarte en el misterio humano y sufrir,
como nosotros, el cansancio y el azar de los caminos del mundo.
Acompáñanos en este viaje,
porque también aquí hay trayectos arduos y fatigosos
como aquellos caminos polvorientos de Galilea.
Acompáñanos Tú,
porque también aquí hay senderos misteriosos
como el de Emaús,
que nos llevan sin ruido al descubrimiento del otro
y que conservan aún la luminosa facultad de
transformarnos.
Y, cuando lleguemos al final de nuestro camino
y cumplamos una vida de búsquedas y encuentros,
de signos sencillos y cotidianos,
acógenos Tú y congrégnos Tú
en la encrucijada inmensa
de tu corazón de Padre.*





Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 24, 13-35. Era verdad, ha resucitado el Señor.



Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su

cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor



Acojo la Palabra en mi vida

El viaje de los discípulos de Emaús, al final del Evangelio de san Lucas, es una imagen de nuestro camino personal y del camino de la Iglesia. En el curso de la vida –y de la vida de fe–, mientras llevamos adelante los sueños, los proyectos, las ilusiones y las esperanzas que viven en nuestro corazón, enfrentamos también nuestras fragilidades y debilidades, experimentamos derrotas y desilusiones, y tantas veces quedamos bloqueados por un sentimiento de fracaso que nos paraliza. Pero el Evangelio nos anuncia que, precisamente en ese momento, no estamos solos, el Señor sale a nuestro encuentro, se pone a nuestro lado, recorre nuestro mismo camino con la discreción de un transeúnte amable que nos quiere abrir los ojos y hacer arder nuestro corazón. Así, cuando las decepciones dejan espacio al encuentro con el Señor, la vida vuelve a nacer a la esperanza y podemos reconciliarnos, con nosotros mismos, con los hermanos y con Dios.

En primer lugar, está el sentimiento de fracaso, que anida en el corazón de estos dos discípulos después de la muerte de Jesús. Habían perseguido un sueño con entusiasmo. En Jesús habían puesto todas sus esperanzas y sus deseos. Ahora, después de la escandalosa muerte en la cruz, le dan la espalda a Jerusalén para volver a casa, a la vida de antes. El suyo es un viaje de regreso, como queriendo olvidar aquella experiencia que ha llenado de amargura sus corazones, aquel Mesías condenado a muerte como un delincuente en la cruz. Vuelven a casa abatidos, «con el semblante triste» (Lc 24,17). Las expectativas que se habían creado quedaron en nada, las esperanzas en las que creyeron se desmoronaron, los sueños que habrían querido realizar dejaron paso a la desilusión y a la amargura.

Esta experiencia que atañe también a nuestra vida y, del mismo modo, al camino espiritual, en todas las ocasiones en las que nos vemos obligados a redimensionar nuestras expectativas y aprender a convivir con la ambigüedad de la realidad, con las sombras de la vida y con nuestras debilidades.

Sin embargo, el Evangelio nos revela que, precisamente en las situaciones de desengaño y de dolor, justamente cuando experimentamos atónitos la violencia del mal y la vergüenza de la culpa, cuando el río de nuestra vida se seca a causa del pecado y del fracaso, cuando desnuados de todo nos parece que ya no nos queda nada, precisamente allí es cuando el Señor sale a nuestro encuentro y camina con nosotros. En el camino de Emaús, Él se acerca con discreción para acompañar y compartir con esos discípulos entristecidos sus pasos resignados. Abre los ojos de ellos para ver las cosas con una nueva mirada.

Jesús parte el pan, abriéndoles los ojos y mostrándose una vez más como Dios de amor que ofrece la vida por sus amigos. De este modo, los ayuda a retomar el camino con alegría, a recomenzar, a pasar del fracaso a la esperanza. Hermanos y hermanas, el Señor quiere también hacer lo mismo con cada uno de nosotros y con su Iglesia.



¿Cómo pueden abrirse de nuevo nuestros ojos?, ¿cómo puede nuestro corazón inflamarse por el Evangelio una vez más? ¿Qué hacer mientras buscamos el camino hacia una sociedad más justa y fraterna, mientras deseamos recuperarnos de nuestras decepciones y cansancios, mientras esperamos sanarnos de las heridas del pasado y reconciliarnos con Dios y entre nosotros?

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Coloquio agradecido

*Gracias, Señor Jesús,
porque hiciste del mundo un lugar donde recordarte,
donde buscarte y donde encontrarte.*

*Gracias, Señor Jesús,
porque con el Padre envuelves todo lo que existe
y me envuelves a mí también,
con mis luchas y mis logros,
mis luces y mis sombras,
mis anhelos y mis fracasos.*

*Gracias, Señor Jesús,
porque en tu intimidad nos encontramos todos
fundidos en el abrazo eterno que nos resitúa,
que nos hace comunidad,
que nos llena de tu Gracia
y nos envía a seguir abrazando el mundo,
a tu modo, a tu estilo, como Tú.*

Gracias, Señor Jesús.

(Glòria Díaz Leonart)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

**María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.**